

que debemos hacer no consultemos mas que á Dios, á nuestra salvacion, á nuestra conciencia. Desterremos para siempre de nuestro entendimiento y de nuestro corazon aquella máxima indigna de un cristiano : *Asi se vive en el mundo; asi debe obrarse cuando se vive en el mundo.* Ignoremos esta jerigonza indigna de una lengua cristiana. En fin , en medio del mundo acordémonos siempre que somos cristianos.

DECIMOQUINTO DOMINGO

DESPUES DE PENTECOSTES.

Llábase este domingo en la Iglesia el domingo del hijo de la viuda de Naim, cuya milagrosa resurreccion es el asunto del evangelio que se lee en la misa del dia, y que está en uso en Roma desde el siglo VII. La epístola de este dia es continuacion de la que se leyó en la dominica precedente. San Pablo da en ella instrucciones circunstanciadas de la moral cristiana con tal precision, que en pocas palabras dice mucho; esta sola epístola da las reglas de su conducta á todos los fieles. En toda la Escritura no tenemos cosa mas llena ni mas instructiva que ella. El introito es una corta, pero afectuosa oracion que el alma hace á Dios, animada de una viva confianza en su misericordia.

Escuchad, Señor, mi oracion, y oidme; porque estoy en el desamparo y en la indigencia, añade David. Una de las mejores disposiciones para la oracion es el conocer uno su pobreza y su necesidad. Cuando todo nos rie, cuando lisonjea todo, estamos contentos.

Apenas sale uno de sí mismo cuando reinan la abundancia y la prosperidad; pasa uno fácilmente sin auxilio extraño cuando todo florece en el propio suelo. Mas cuando todo este esplendor tan satisfactorio se extingue; cuando la pobreza nos asalta; cuando nos vemos abandonados y hasta aborrecidos de las criaturas, recurrimos á Dios con confianza y con fervor. La oracion es siempre viva, cuando es humilde; y siempre eficaz, cuando parte de un corazon humillado y contrito. Los honores, las riquezas tienen encantos que suspenden muchas veces la fe, y que debilitan siempre la devocion; las adversidades la despiertan; ninguna cosa nos hace acudir á Dios mas afectuosamente que la persecucion. David perseguido por Saul ó por Absalon reconoce su nada, la cual perdía de vista en la prosperidad y sobre el trono; durante esta persecucion, pues, durante esta afliccion, cuando se ve en este abandono universal de las criaturas, es cuando recurre á Dios. Este rey afligido y perseguido tal vez jamás hubiera pedido á Dios con tanto ardor y confianza, si no se hubiese visto en tan grande afliccion: *Conservadme, ó Dios mio, salvad á vuestro siervo que pone en vos solo toda su esperanza; movido de mis clamores, Señor, compadeceos de un siervo que no cesa dia y noche de implorar vuestra misericordia: consoladle, puesto que en su afliccion y en sus penas pone en vos solo su confianza, é implora vuestro auxilio.* Se ha dicho ya en otra parte que levantar su alma, que es la expresion de que usa David, *levavi animam meam*, hácia alguna cosa, es un modo de hablar muy ordinario en la Escritura, para expresar el deseo ardiente que tenemos del objeto de nuestros votos. Pocos salmos hay mas afec-

tuosos que este. Habla en él un siervo de Dios que derrama su corazón delante del Señor con entera confianza. Un cristiano en el tiempo de la tentación no podría hacer una oración mas bella; no hay nada mas vivo, mas patético, ni mas tierno, que este salmo 85. Hallándonos en la aflicción ó en la desolación, él debe ser nuestra oración ordinaria.

La epístola, como hemos dicho, es un pormenor instructivo de los puntos mas importantes de la moral cristiana; es una lección excelente que interesa á todos los fieles, y que mira á todas las edades y á todas las condiciones.

Si estamos animados del espíritu de Dios, nos dice el santo apóstol; si no vivimos según la carne, ni según los perniciosos deseos de la concupiscencia; si somos verdaderamente cristianos, vivamos de un modo enteramente cristiano; *si el espíritu de Jesucristo es el que nos anima*, caminemos también según este espíritu. *No seamos ávidos de vanagloria*, acometiéndonos unos á otros, teniéndonos envidia, llevados de una emulación secreta tan contraria á la caridad. Si no hubiese orgullo, no habría división, contestación, ni querrela. La causa ordinaria de la diversidad de sentimientos es una vanidad secreta. Por mas que se forjen motivos plausibles de nuestra tenacidad, es seguro que estaríamos muy pronto acordes, si el orgullo no patrocinase la causa; la envidia, los zelos son siempre los primeros frutos del orgullo. *Hermanos míos*, añade, *si alguno se ha dejado sorprender hasta cometer alguna falta*, vosotros que sois espirituales dadle buenos consejos; *pero con un espíritu de mansedumbre*. Algunos doctores, animados de un falso zelo y de un espíritu de orgullo, habiéndose metido á dogmatizar, habían

introducido la turbación y la división en aquella iglesia. No hay hereje, no hay cismático sin partidarios: Abusando de la simplicidad de aquellos nuevos fieles, habían arrastrado á muchos al error. San Pablo exhorta á los sacerdotes, y á todos los que estaban animados del espíritu de Jesucristo, á que vuelvan á traer al redil á aquellos que habían caído en los lazos; á que les den la mano, y los aparten de su extravío, no echándoles en cara su falta con acritud, sino representándoles su caída con espíritu de dulzura y de caridad. Guardémonos bien de abrigar un zelo amargo, que lejos de curar las llagas las exacerba y las cancera; y para esto que considere cada uno su propia flaqueza, y reflexione que no por haber sido mas fiel, es por eso menos capaz de semejantes desacuerdos. La vista de lo que somos no debe fasciarnos para no ver lo que podemos ser. *No hay pecado*, dice san Agustín, *de que no sea uno capaz, si Dios no nos tiene de su mano*. El conocimiento de nuestra propia flaqueza inspira siempre mas compasión que aspereza contra los pecadores. Siempre es un orgullo secreto lo que causa la amargura y la dureza en el zelo. Cuando uno piensa que ha sido pecador, ó á lo menos que puede serlo, se compadece de los que lo son. Nada inspira tanto el espíritu de mansedumbre para con los pecadores como el conocimiento experimental de nuestra propia flaqueza. Jesucristo, dicen los padres, no quiso dar las llaves del reino de los cielos á san Juan, porque había vivido siempre en la inocencia; y las dió á san Pedro, que no obstante su fervor había experimentado sobradamente su propia flaqueza en su caída; y *tu también*, le dijo por tanto el Señor, *cuanado una vez hubiere*,

vuelto en ti, confirma á tus hermanos. Un ministro del Señor probado, instruido por sus propias caídas, tiene mas compasión de las caídas de los otros, y sin contemplar nunca al pecado, contempla siempre al pecador. *Guardándoos cada uno de vosotros,* añade el santo apóstol, *no sea que vosotros mismos seais tambien tentados.* Los que son tan severos con los otros, no siempre lo son consigo mismos. Muchos van por un camino ancho, mientras que á los demás solo les muestran senderos muy estrechos. Para confundir esta hipócrita severidad, permite Dios muchas veces que estos implacables médicos espirituales se vean atacados del mal para el que ellos ordenaban remedios impracticables; y que aprendan por la necesidad que tienen ellos mismos de indulgencia, á tenerla con los demás pecadores.

Llebad mutuamente la carga, continúa el santo apóstol, y de este modo cumpliréis la ley de Jesucristo. Esta divina ley está fundada sobre la caridad, y esta caridad reciproca entre los cristianos es la que los conduce á aliviarse mutuamente los unos á los otros. Los socorros mutuos alivian las cargas particulares; nada disminuye tanto su peso como la caridad cristiana, y en alguna manera es participar de la aflicción de nuestros hermanos el compadecernos de sus aflicciones. La dureza del alma es una prueba de su orgullo. Esto es lo que hace decir al Apóstol, que si alguno se imagina que es algo, no siendo nada, se engaña á sí mismo. El orgullo, la estima ventajosa de sí mismo es una especie de locura. Nos reimos, tenemos lástima de un vil artesano, que se imagina que es un gran príncipe; ¿somos nosotros menos imbéciles cuando creemos que somos alguna

cosa mas que nuestros hermanos? De nuestro propio fondo no tenemos otra cosa mas que la nada, y, propiamente hablando, de ninguna otra podemos gloriarnos. Una vanidad necia lejos de elevarnos sobre los demás, nos pone siempre inmediatamente bajo de todos.

Examine bien cada uno lo que ha hecho y lo que hace, y así no se gloriará sino de lo que es en sí mismo, y no de lo que son los demás; nuestras enfermedades, nuestras flaquezas dicen lo que somos. No descubrimos con tanta perspicacia los defectos de otro, sino para tener el maligno placer de creernos exentos de ellos, y arrogarnos por esta buena opinion de nuestra pretendida virtud un derecho de superioridad sobre los demás. Desengañémonos, nuestras vanas imaginaciones no serán nunca títulos de nobleza. No se funda nuestro mérito ni sobre las virtudes, ni sobre los defectos de otros; *lo que constituye nuestra gloria,* dice san Pablo (1), *es el testimonio de nuestra conciencia,* fundado sobre la conducta que hubiéremos observado en este mundo, viviendo en él con un corazón simple y sincero delante de Dios, no segun la prudencia de la carne, sino segun la gracia de Dios, principalmente en lo que á nosotros nos toca. Nuestras obras y no las de otro son las que nos acompañan y formarán nuestro retrato. Las buenas ó las malas cualidades de los demás no constituirán jamás nuestro carácter; cada uno debe ser juzgado por el bien ó por el mal que hubiese hecho. ¡Qué locura el creerse uno bueno, porque los demás son malos; *cada uno llevará su carga.* No se nos pedirá cuenta de los talentos que los demás han recibido,

(1) II. Cor. 1.
17.

sino de los que se nos han entregado á cada uno de nosotros; las faltas de otro no nos justificarán á nosotros. *Aquel que se hace instruir, dé parte de todos sus bienes al que le instruye.* Muchos entienden este lugar de la limosna que debe hacerse á los que nos instruyen; pero san Jerónimo y santo Tomás le explican en un sentido espiritual: Que el que se instruye en la fe, dicen, escuche á su maestro con docilidad, é imite sus buenos ejemplos. No os hagais de tal modo discípulos de los que os instruyen, que os impongais una ley de imitar hasta sus defectos; porque, como dice el Salvador, los escribas y los fariseos están sentados en la cátedra de Moisés: observad, si, y haced todo lo que os dijeron; pero no obreis como ellos, cuando ellos no hacen lo que dicen.

No os engañeis, nadie se mofa de Dios impunemente. Por mas que nos alimentemos de nuestras propias ideas, por mas que nos formemos un sistema de conciencia á nuestro gusto, Dios no juzga sino conforme al suyo. Podemos engañar á los hombres; pero ¿pretendemos engañar á Dios? Enmascárase la hipocresía; pero esta máscara no puede sostenerse delante de los ojos de Dios. Todos esos aires artificiosos de una devoción puramente exterior, todas esas añagazas de devoción no sirven mas que para hacernos mas criminales. Dios desenvuelve todos los pliegues y repliegues del corazón humano; Dios hace un discernimiento justo y preciso de todos los motivos que nos excitan á obrar; Dios penetra el fondo de la conciencia. ¡Qué impiedad! ¡qué extravagancia el quererle alucinar! Y el vivir de otro modo que lo que se hace profesión de creer, ¿no es quererse burlar de Dios? *Lo que el hombre hubiere sembrado, eso es lo que cogerá.* No hay

cosa mas miserable que la falsa conciencia: ¿qué se gana con engañar á los demás, con engañarse á sí mismo por un falso brillo de piedad? ¿de qué sirven todos esos forzados raciocinios para colorar el error en que se está, y para justificar la relajación en que se vive? Porque queramos autorizar nuestra conducta, por mas irregular que sea, ¿será por eso menos defectuosa? ¿Deferirá Dios mucho á nuestras opiniones, cuando sean contrarias á la santidad y á la severidad de su moral? ¿y seremos juzgados dignos del reino celestial, porque nos creamos santos á nuestros ojos? La recolección corresponde siempre á la sembradora; ¿se ha sembrado grano malo? no se puede coger sino zizaña: ¿no se hacen mas que obras de tinieblas? no se puede coger otra cosa que corrupción. ¿Se vive en el espíritu, esto es, según el espíritu de Dios? se recogerá la vida eterna. *No nos cansemos de obrar el bien, porque no cansándonos, cogeremos el fruto á su tiempo.* Durante esta vida sembramos para la eternidad; en la muerte es propiamente cuando se coge, y entonces cogeremos lo que hayamos sembrado. ¿Hemos seguido en la vida los deseos de la carne, hemos vivido según el espíritu del mundo? corrupción, sentimientos infructuosos, desgracias eternas; hé aquí nuestra cosecha en la muerte. ¿Hemos llevado una vida inocente, pura, mortificada, una vida espiritual y cristiana? la cosecha será la felicidad eterna. *La vida eterna es para aquellos que, obrando constantemente el bien, aspiran á la verdadera gloria, al honor sólido y real, y á la inmortalidad: luego mientras tenemos tiempo hagamos bien á todo el mundo, y principalmente á los que componen la familia de los fieles.* Hagamos todo el bien

que podamos mientras estamos en esta vida; en la muerte no será ya tiempo de hacerlo. En la muerte solo habrá vanos pesares, estériles deseos, promesas, sentimientos frívolos; el día va declinando, los nuestros están contados, y se marchan; hagamos el bien mientras que tenemos tiempo. Comencemos por hacer bien á todo el mundo, y principalmente á nuestros hermanos, no solo asistiéndoles con nuestros bienes, sino tambien edificándoles con nuestros buenos ejemplos: es esta una especie de limosna de obligacion, de la cual nadie está exento.

El evangelio de la misa de este día contiene la historia de la resurreccion del hijo único de la viuda de Naim, con todas las circunstancias de este gran milagro.

Habiendo el Salvador salido de Cafarnaum, en donde habia curado de una manera tan milagrosa al siervo del centurion, pasó por una ciudad llamada Naim: era esta ciudad pequeña, situada hácia el extremo de la baja Galilea, á dos millas del monte Tabor, entre la Galilea y la Samaria. En el día está enteramente arruinada, y no queda de ella mas que unas pocas casas, que habitan algunas familias de árabes extraordinariamente salvajes. Cuando se acercaba, pues, el Salvador á esta ciudad vió innumerable gente reunida para los funerales de un jóven, hijo único de una viuda. Allí fué donde su palabra omnipotente que el día antes habia sacado del lecho á un paráltico, hizo salir un muerto del féretro. No es una casualidad la que hizo que el Salvador encontrase á aquel jóven á quien llevaban á enterrar; fué su bondad la que le condujo allí para darle la vida. Así tambien esos accidentes imprevistos que convier-

ten á los pecadores en lo fuerte de sus desórdenes, y en el tiempo en que menos lo pensaban, no son de manera alguna imprevistos de parte de Dios. Su providencia los ha proporcionado segun los designios de su misericordia para nuestra salvacion.

Habiéndose acercado Jesucristo, vió el acompañamiento fúnebre. Los llantos de una madre excesivamente afligida por la pérdida de su hijo, que era todo su consuelo y su esperanza, le conmovieron sensiblemente. No pudo verla derramar lágrimas, ni oír sus gemidos, sin enternecerse y moverse á compasion; y dirigiéndose á aquella madre desconsolada: No llores, le dijo, consuélate; el motivo de tus lágrimas y de tu dolor se acaba, puesto que yo voy á volver la vida á tu hijo. Detiéndose todo el acompañamiento á estas palabras, fijan todos la vista en el Salvador, y cada uno espera á ver el efecto de esta promesa. Acércase Jesus al féretro, y le toca con la mano; los que le llevan se detienen por respeto, cuidadosos de lo que iba á hacer. La esperanza de una maravilla tan grande suspende todo afecto de dolor; todos callan, cuando el Salvador dirigiéndose al muerto, le dice en tono de señor: *Joven levántate, yo te lo mando*: al instante se levanta el muerto, y se sienta: mira todo aquel lúgubre aparato y los que están en rededor de él, y con un tono firme les habla. Pero su mayor solicitud es por dar gracias á su insigne bienhechor. Baja del féretro, y llega á postrarse á los piés de Jesucristo, de cuya omnipotencia acaba de experimentar una prueba tan brillante. Mas el Salvador mas solícito todavia, por decirlo así, de acabar de perfeccionar el gozo de aquella madre afligida, él mismo la presenta á su hijo, y se lo vuelve con vida. Púedese

imaginar cuáles serian los afectos de alegría de la madre y del hijo, y cuáles tambien los sentimientos de admiracion de toda la reunion que allí estaba; todos llegaron á postrarse á los piés del Salvador llenos de respeto; todo resonó con los gritos de alegría, de alabanzas, de bendiciones; todos se apresuraron á ir á la ciudad para publicar el milagro. Todos los que fueron testigos de esta maravilla, quedaron poseidos de asombro, y de un santo pavor que les obligaba á exclamar con los afectos mas profundos de reconocimiento á Dios: En verdad tenemos un gran Profeta entre nosotros; el Señor, lleno de misericordia, se ha dignado visitar á su pueblo, y hacer brillar á nuestra vista su omnipotencia en la persona de este hombre enteramente divino.

Todas las circunstancias de esta maravilla demuestran visiblemente la autoridad soberana y absoluta con que el Salvador hacia los mayores milagros. No manda al muerto que resucite y se levante como un simple profeta, como un hombre animado del espíritu de Dios, como puro hombre; no habla como hombre, sino como Dios: la ley prohibia mancharse tocando un muerto; pero no prohibia tocar un muerto para volverle la vida; una accion tal purificaba al mismo muerto sacándole del estado de corrupcion.

Un gran Profeta ha aparecido entre nosotros. Los habitantes de Naim reconocen aquí á Jesucristo por el Mesias, por el gran Profeta prometido de Dios por Moisés: *El Señor suscitará de en medio de vosotros y de entre vuestros hermanos, esto es, de la misma nacion que vosotros, un Profeta como yo, y aun mucho mas grande que yo, á quien escucharéis y obedeceréis (1).*

(1) Deut. 18.

Sírvense de los mismos términos y de la misma expresion de que Zacarias, padre de san Juan Bautista, se habia servido para designar al Mesias: Bendito sea el Señor Dios de Israel, *porque ha visitado y rescatado á su pueblo.* San Lucas añade que lo que los habitantes de Naim decian del Salvador, y lo que acababa de hacer, *se extendió por toda la Judea y por toda el país circunvecino.* No es extraño que en toda la Judea resonase la fama de este milagro y de tantos otros; pero que todos estos milagros tan conocidos, tan incontables, no hubiesen podido evitar á Jesucristo la muerte mas ignominiosa, es un prodigio de ceguera, de ingratitud, de estupidez, de impiedad en el pueblo que fué autor de ella, que no es posible comprender.

La oracion de la misa de este dia es como sigue.

Señor, dignaos purificar y fortalecer vuestra Iglesia por una continuacion no interrumpida de vuestra misericordia; y porque ella no puede subsistir sin vuestra gracia, conducidla y sostenedla siempre por vuestra bondad. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La epistola está tomada de la del apóstol san Pablo á los Gálatas, cap. 5 y 6.

Hermanos míos: Si estamos animados del espíritu, caminemos tambien segun el espíritu. No seamos ávidos de vanagloria, acometiéndonos unos á otros, y teniéndonos envidiosamente. Hermanos míos, si alguno se ha dejado sorprender hasta el punto de cometer algun pecado, vosotros que sois espirituales, dadle buenos dictámenes con un espíritu de dulzura, guardándoos cada uno de vosotros, no sea tambien que vosotros caigais en la misma tentacion. Llevad la carga los unos de los otros, y por este medio cumplireis la ley de Jesucristo. Porque si alguno cree que es algo,

no siendo nada, se engaña á sí mismo. Ahora bien, examine cada uno bien lo que ha hecho, y así no se gloriará sino sobre lo que es en sí mismo y no sobre lo que son los demás, pues que cada uno llevará su carga. Mas el que se hace instruir, dé parte en todos sus bienes á aquel que le instruye. No os engaños, nadie se burla de Dios. Porque lo que el hombre hubiere sembrado, eso recogerá; así el que siembra en su carne, de la carne cogera la corrupcion; el que siembra en el espíritu, del espíritu cogera la vida eterna. Hagamos el bien sin cansarnos, porque no cansándonos, haremos la recoleccion á su debido tiempo. Mientras, pues, que tenemos tiempo, hagamos bien á todo el mundo, y principalmente á los que componen la familia de los fieles.

NOTA.

Habiendo la moral extremada y severa de los falsos apóstoles introducido entre los fieles de Galacia, no solo la division y la turbacion, sino tambien la relacion; san Pablo, despues de haberles dado á conocer el veneno esparcido en la doctrina de aquellos falsos doctores, les da estas saludables instrucciones para hacer revivir entre ellos el fervor y la pureza de la moral cristiana.

REFLEXIONES.

No os engaños, nadie se burla de Dios. No hay cosa mas odiosa, y puede aun decirse que no la hay mas impia, que la disimulacion y la mojiganga en materia de religion y de piedad. ¿Qué idea se ha formado de Dios, cuando se pretende engañarle por un exterior hazañero, y por una ostentacion que solo sirve para engañar á los simples? Podemos burlarnos del público fascinándole con un aparato artificial de virtud; podemos sorprenderle y embelesarle con palabrotas y falsos pretextos de reforma; podemos aun, por un

artificio secreto del amor propio, alucinarnos á nosotros mismos. No es una cosa extraordinaria que el entendimiento sea el juguete del corazon; las pasiones, y sobre todo la de la sensualidad y la del orgullo, tienen resortes secretos que remueven artificiosamente la máquina. El espíritu de tinieblas sabe el arte de transformarse en ángel de luz. Los pretextos, los motivos, aun los mas especiosos, hacen impresiones sobre el alma, á las cuales es difícil no ceder, y todavía mas difícil el no ser engañado de ellas. Entrégase uno á ciegas á las mas groseras ilusiones; abraza atolondradamente el error, le sostiene con tenacidad, se rebela contra las potestades legítimas establecidas por Dios, y se imagina todavía que le hace un servicio. En una palabra, es uno esclavo de la concupiscencia y de los deseos de la carne, y se figura que vive conforme al espíritu de Dios y á las máximas mas puras del Evangelio. La pasion es el primer móvil de todo: el espíritu de interés, de ambicion, aun el de venganza, es el alma de todas las acciones, y por una ceguera lamentable, por una contumacia maligna se toma la pasion por virtud, y la acritud, la animosidad, la enemistad, el odio mismo por zelo. En medio de este desorden del corazon y del espíritu, se vive en una seguridad soporifera, como si Dios debiese estar muy satisfecho de nuestros servicios. Se vive tranquilamente en la molicie y en los placeres; y á favor de algunas apariencias muy superficiales de buenas obras, y de una máscara de piedad, se lleva una vida enteramente mundana. *No os engaños, nadie se burla de Dios impunemente.* Dios si que se burlará de nuestras ilusiones y de nuestras añagazas. La máscara no dura mas que hasta la hora de la muerte; el prestigio

se desvanece á la vista del sepulcro ; el disfraz se borra con el sudor frio con que se espira. Dios castiga entonces de un modo muy severo el desprecio que se ha hecho de la santidad y de la religion. El fuego eterno sucede á la comedia que se ha representado. ¿Cómo podemos ignorar que Dios penetra el fondo del corazon, y permite que los hombres se dejen fascinar con engañosas apariencias ?

El evangelio de la misa es segun el de san Lucas, cap. 7.

En aquel tiempo : Iba Jesus á una ciudad llamada Naim, seguido de sus discipulos y de una multitud copiosa. Cuando se acercaba á la puerta de la ciudad , hé aquí que llevaban á enterrar un muerto, hijo único de una viuda, á la cual acompañaba mucha gente de la ciudad. Luego que el Señor la vió, movido de compasion de ella : No llores, le dijo ; y acercándose al féretro , le tocó. Detuviéronse los que le llevaban, y él dijo : Joven, levántate, yo te lo mando. Inmediatamente el muerto se sentó, y comenzó á hablar, y Jesus le entregó á su madre. Todos quedaron poseidos del espanto, y publicaban las grandezas de Dios, diciendo : Un gran Profeta ha aparecido entre nosotros, y Dios ha visitado á su pueblo.

MEDITACION.

LA MUERTE ES DULCE PARA LOS BUENOS, Y TERRIBLE
PARA LOS PECADORES.

PUNTO PRIMERO.

Considera que es tan natural el que á una vida buena siga una buena muerte, y á una vida desarre-glada una muerte funesta, como es natural el que un árbol bueno produzca buenos frutos, y que uno malo los produzca malos. La muerte es el eco de la vida, esto es, repite fielmente toda la vida, ó, digamoslo

mejor, tal como uno ha sido durante la vida, tal se encuentra en la muerte.

Extravagancia seria el esperar que un hombre que jamás durante su vida ha sabido hablar otra lengua que la de su país, en la muerte hablase una lengua extranjera : no seria menor maravilla haber sido uno toda su vida mundano, libertino, irreligioso, y esperar el morir cristiano.

Si sucede alguna vez que un gran pecador muere bien, ¿no se mira esto como una especie de milagro? los mismos libertinos ¿lo miran de otro modo? ¿Qué desconuelo, buen Dios, el no poderse salvar sino por milagro! Los malos deben contar mas para su salvacion con estos milagros, que los enfermos desesperados con las curaciones milagrosas para el restablecimiento de su salud.

Es preciso morir : ¿qué decreto ! está ya dado, y es irrevocable : es preciso morir. ¿O palabra terrible para un hombre que no ha pensado jamás en la muerte, que toda su vida ha mirado con horror el pensamiento de la muerte, á quien solo el pensamiento de la muerte ha parecido un suplicio ! ¿Qué turbacion, qué desórden no causan en el alma de un pecador los crueles remordimientos que despierta en ella este pensamiento ! porque entonces es cuando se siente toda su vehemencia, y cuando se penetra todo su sentido.

Es preciso morir, esto es, es preciso dejar su hacienda, su casa, sus cargos, sus amigos : es preciso decir á Dios para siempre á todos los placeres de la vida ; es preciso comparecer delante de Dios, y darle cuenta de sus deseos y de sus obras para ser juzgado de ellas. ¿Cuántas cosas hay que dejar, cuántas que